

Francesc-Marc Álvaro

# Apropiación aznariana de Berlin

Si hay un pensador liberal cuya lúcida mirada del mundo se aparta por igual del conservadurismo y del progresismo más dogmáticos y paralizantes, es Isaiah Berlin, fallecido en 1997. Desde su condición de historiador de las ideas, supo transformar su escepticismo en un alegato constante contra la subordinación de la vida humana a un determinado sistema o credo perfectos. Su visión madura y trágica de los ideales fundadores de la modernidad –libertad, igualdad y fraternidad– nos vacuna contra el utopismo ingenuo y nos obliga a una tensión permanente para equilibrar responsablemente los intereses y anhelos del individuo y los del conjunto de la sociedad en la que este se desarrolla.

Su distinción afinada entre “libertad negativa” y “libertad positiva” está en la base de las políticas moderadas que, tanto desde la izquierda como desde la derecha democráticas, pretenden profundizar en los derechos, las oportunidades y el bienestar del ciudadano a partir de reformas concretas. El liberalismo humanista de Berlin se bate, a la vez, contra los reaccionarios y los revolucionarios, a los que ve como las dos caras de un mismo error. En este sentido, son ejemplares sus trabajos sobre Helvétius, Rousseau, Fichte, Hegel, Saint-Simon y De Maistre, a los que considera “enemigos de la libertad humana”. En cambio, en su ensayo sobre Stuart Mill, Berlin utiliza la voz del autor de *Sobre la libertad* para proyectar su criterio, en un juego de espejos habitual en su obra: “Mill no pide ni predice condiciones ideales para la solución final de los problemas humanos o para conseguir un

acuerdo universal sobre cuestiones cruciales. Da por supuesto que el logro del objetivo último es imposible, y sus palabras implican que tampoco es deseable”.

No es precisamente Berlin uno de los pensadores que puedan relacionarse con el ideario de la derecha española. Mucho menos si se trata de adivinar los referentes



MESEGUER

ideológicos e intelectuales del ex presidente José María Aznar. Por eso sorprende enormemente que, junto a la Fundación José Ortega y Gasset, la FAES, fundación del PP presidida por Aznar, haya dedicado recientemente dos jornadas, en Madrid y Barcelona, a estudiar y reivindicar a Berlin. Aclaremos un punto antes de seguir: no dudo que existan algunos liberales berlinianos en la órbita popular, pero no se

notan. Por otro lado, ni los discursos ni las acciones del PP de Rajoy, Zaplana y Acebes tienen nada que ver con el liberalismo del filósofo nacido en Riga y crecido en Inglaterra. Tampoco Aznar, antes y después de gobernar, se ha visto influido precisamente por las ideas y las actitudes de Berlin. Tal vez el diputado José María Lassalle, que ya coordinó un volumen de la FAES sobre el profesor de Oxford, sea un berliniano sincero, pero cualquier intento de hallar ecos de Berlin en Aznar, Rajoy, Zaplana y Acebes provoca risa.

El PP no puede considerarse seriamente un partido liberal, ni ideológicamente, ni culturalmente, ni políticamente, ni –a Pizarro y Aguirre me remito– económicamente, porque una cosa es privatizar con los amigos y otra liberalizar. Mucho menos por su estilo crispado y crispante. Los populares son una opción conservadora e intervencionista con tintes reaccionarios, que cabalga a lomos del ultracatólicismo oportunista y de la exacerbación de un españolismo agresivo y excluyente. Ya se sabe que la palabra *liberal*, tan vaga y polisémica, sirve para nombrar cosas muy distintas. En Europa, hay incluso partidos ultraderechistas y xenófobos que se autodenominan liberales.

Si algo denunció Berlin fue el fanatismo y el cinismo político, los dos semblantes de una política fatalista, irrealista y destructiva. Me acuerdo de ello al leer que Aznar aprovechó la inauguración del seminario de la FAES sobre Berlin para arremeter contra el nuevo Estatut catalán y la plurinacionalidad en las Españas. Con el fin de apuntalar sus consignas falaces, Aznar no duda en utilizar el nombre de Berlin en vano, hasta desfigurar su pensamiento. La apropiación aznariana de Berlin tiene mucho de canibalismo ideológico.

Si hay un pensador liberal que comprendió el fenómeno de los nacionalismos democráticos contemporáneos, incluidos los

más cercanos, fue Berlin. Tal vez su identidad fronteriza (judío nacido en Letonia bajo el imperio zarista y educado como británico de adopción) le ayudó a ello. A diferencia de otros teóricos que confunden incorrectamente las demandas nacionales de las minorías con los nacionalismos agresivos de los estados constituidos, el autor de *El fuste torcido de la humanidad* sostiene que “los individuos no pueden desarrollarse si no pertenecen a una cultura” y afirma que el nacionalismo es, antes que

No es Berlin uno de los pensadores que puedan relacionarse con el ideario de la derecha española

nada, “una respuesta a una herida infligida a una sociedad”, lo cual –añade– es una condición necesaria pero no suficiente de “la autoafirmación nacional”. A partir de un análisis poco convencional de Herder y Kant, Berlin reivindica el potencial emancipador de los nacionalismos que nacen de una situación injusta donde “el derecho a decidir libremente de todo ser humano” se ve limitado por la coacción. “Tengo la impresión de que –le explica a Adam Michnik en una entrevista–, en última instancia, el nacionalismo es un efecto de la injusticia”. En los postulados de Berlin, conviven universalismo ilustrado y diversidad, por ello considera “vacío” el cosmopolitismo y juzga que el jacobinismo es consecuencia de “un racionalismo fanático”.

Ni Aznar ni el PP tienen nada que ver con estas ideas tan razonables. Al contrario. Recuerden que Rajoy considera un grave peligro que los escolares andaluces aprendan un poco de catalán. Si Berlin levantara la cabeza, les mandaría a paseo.●

Antoni Puigverd

# Paradoja de la esperanza

Barack Obama maravilla porque está recuperando para la gran política el valor de la esperanza. Por su capacidad de inspirar en un creciente número de norteamericanos la confianza en el futuro. Una confianza que consigue, si no vencer, sí contener o moderar los siniestros presagios que, para este mismo futuro, auguran los analistas. La formidable capacidad de sugestión de Obama despierta las mejores virtudes del mito americano: la voluntad de avanzar hacia el Oeste de las oportunidades para todos, hacia el Oeste de la libertad y la prosperidad (sin perder nunca, claro está, la consciencia de que dichos objetivos no llegarán en forma de regalo ni se conseguirán sin esfuerzo). *Yes, we can*. Lo resume a la perfección el vídeo de YouTube, en el que las palabras de Obama se entremezclan con los acordes de una típica guitarra de folk-rock y con la presencia de muchos de los famosos que lo apoyan, desde la rubísimas actriz Scarlett Johansson al colosal baloncestista mahometano Abdul Yabar. *Yes, we can*, repiten los protagonistas del vídeo, cuyos rostros y voces se superponen a la voz y el rostro de Obama. “Sí, nosotros podemos”.

Obama se dirige directamente al corazón de los norteamericanos. Activa su sentimiento fraternal. Los invita a agruparse en torno al proyecto colectivo. En torno al optimismo de la voluntad colectiva. El reagrupamiento que propone es, como aho-

ra está de moda decir, transversal. Los colores de la piel suman, en lugar de restar o dividir. Y también suman los diversos sectores sociales y las distintas generaciones: apoyándose vencerán. Ningún esfuerzo es prescindible, en este momento de dificultad, sugiere Obama. Ni nadie es tan fuerte como para prescindir de los apoyos de la comunidad. Peter Applebome ha escrito que en la inspiradora oratoria de Obama resuenan ecos de la urgencia moral de Martin L. King, de la llamada a la grandeza en tiempos difíciles de John F. Kennedy y de la optimista visión de la América unificada que Ronald Reagan popularizó en los discursos de sus primeros años.

Ahora el cálido Obama impacta por su invitación al optimismo de la voluntad. *Yes, we can*. Pero durante largo tiempo, en Estados Unidos, ha prevalecido la visión contraria. El pesimismo de la razón y la tensión dialéctica han sido el motor ideológico de Norteamérica. Un pesimismo descarnado, fundado en el análisis frío de los factores que actúan en la realidad. Un pesimismo que ha invitado a sospechar de todas las utopías, por engañosas. A pesar de que Ronald Reagan triunfó gracias a su visión de una América unificada, desde los despachos de su gobernación se expandió el frío y descarnado pesimismo de la razón. Seguidamente, en el Reino Unido de Margaret Thatcher y después entre las elites culturales y económicas de casi todo el mundo, arraigó la idea de que el verdade-

ro motor del progreso no es el interés común, no es la compañía o el calor solidario que los humanos se dan unos a otros, sino la avidez individual, la ambición de cada persona, el deseo único e intransferible de conquistar una cima. Incluso un personaje como Bill Clinton asumió ese pesimismo pragmático cuando, en un célebre debate con Bush padre, resumió con acre cinismo: “Es la economía, estúpido”.

La senda pragmática, filosóficamente pesimista, culmina y se pudre en estos lar-

Cómo convertirse en una figura universal tras representar a los que luchan por el derecho a la diferencia

gos años funerales que ha protagonizado George W. Bush. Su guerra preventiva (ejemplo de un pesimismo que se funda en la identificación del *otro* con el lobo) ha amplificado el problema que pretendía resolver. Ciertamente, el terrorismo mundial era muy difícil de afrontar, y no existía una alternativa verdaderamente positiva a la guerra. Con guerra o sin ella, habría seguido progresando el oscuro sentimiento islámico y el terrorismo nihilista proyectaría igualmente sobre el mundo su siniestra sombra (acabamos de descubrir

que usa a los deficientes como bombas y entrena a los niños para matar matándose). Pero en el debe deprimente de Bush constan dos frustrantes evidencias. Primera: si Oriente era un difícil laberinto, ahora es un caos imposible de afrontar. Segunda: ha deprimido a los norteamericanos con la visión de Vietnam como horizonte fatal, como eterno retorno.

Diríase que el péndulo de la razón pesimista se desplaza hacia el optimismo de la voluntad. Aunque es pronto todavía para calibrar las posibilidades reales de Obama. Su victoria es imposible, sostiene un amigo expertísimo en temas internacionales. “Y si tuviera alguna posibilidad real, lo matarían”, concluye, fatalista. Menos fatalista, pero intrigado, Mark Leibovich se pregunta, pensando no sólo en Obama, sino también en Hillary Clinton (quien a pesar de su imagen rigurosa, poco sentimental, encarna también la esperanza por su condición femenina): “La cuestión es cómo convertirse en una figura universal cuando uno representa a los movimientos que han afirmado el derecho a la igualdad basándose en la diferencia”.

Curiosa paradoja de la esperanza, que interesa más allá de América. ¿Aquellos que, por su condición sexual, racial o territorial necesitan afirmar su particularidad para defenderse de los abusos (pensemos, por ejemplo, en los catalanes en España), pueden encarnar esperanzas o soluciones de carácter general?●